

que todavía pesan, como una herencia nefasta, los hábitos del pasado. El tono agresivo y duro del discurso de Jruschov, las imposiciones "desde arriba" sin previa discusión democrática, lo prueban suficientemente; como lo prueba la caída de "autocríticas" y "actos de contrición" que han seguido a las nuevas directivas estéticas. Naturalmente que la resistencia no es fácil; pero por eso mismo las capas más conscientes de la *élite* soviética deben continuar sin desmayo su ardua tarea. Para llevarla a feliz término contarán de seguro con un apoyo masivo en su propio país, y con la simpatía entusiasta de todas las fuerzas auténticamente revolucionarias del mundo. Por mi parte, estoy convencido que el proceso de desestalinización, pese a estos tropiezos, seguirá adelante. Jruschov ha vuelto sobre sus pasos, pero no debe olvidar que las condiciones actuales del pueblo soviético son muy distintas a las que imperaban hace algunos decenios. El periodista K. S. Karol nos recuerda que, en diciembre último, al hablar con jóvenes pintores, afirmó Jruschov: "Algunos de ustedes tienen ideas tan torcidas que parecen jorobados a quienes sólo enderezará el ataúd." A lo que alguien respondió: "Camarada Jruschov, ya no vivimos en la época en que se enderezaba a la gente con ayuda de ataúdes." Y concluye Karol: "La lucha por la verdadera desestalinización será larga, pero continuará."

No deja de sorprender, sin embargo, que la máxima autoridad soviética haya hecho tal despliegue de poder frente a escritores y artistas. En sociedades como la nuestra la función pública de los intelectuales es marginal, subsidiaria; en la Unión Soviética, en cambio, a juzgar por estos síntomas, es de primera importancia. Por eso tienen una responsabilidad multiplicada. Y por eso mismo el poder político tiene obligaciones precisas frente a ellos. No es nuestro propósito comentar las opiniones estéticas de Jruschov, ni preguntarnos sobre la legitimidad del arte abstracto en una sociedad que construye el socialismo. En todo caso, estamos profundamente convencidos de que no hay vida intelectual sin fidelidad a la verdad, ni creación sin estímulo a la expresión individual. Ahora bien, el "dirigismo" hace imposibles una y otra.

La "vuelta a Lenin" es la divisa de la desestalinización soviética. Ahora bien, no hay tal renovación de los principios leninistas sin el restablecimiento pleno de la democracia en el partido y en todos los órganos de la administración y del gobierno, sin el impulso de la iniciativa del pueblo, sin el estímulo del debate y las discusiones, sin la tolerancia de los errores eventuales, sin la restitución de la plena independencia de juicio y de carácter de los ciudadanos y sin la reeducación de los cuadros de un partido integrado por millones de hombres y mujeres. La "vuelta a Lenin" es una vuelta a la democracia, a la dialéctica, a las fuerzas racionales y críticas del marxismo; en suma, es un esfuerzo concreto por realizar aquí y ahora los principios *humanistas* de la revolución y la superioridad de la nueva sociedad sobre la vieja. Un análisis detallado de las perspectivas actuales de esa "vuelta a Lenin" rompe los marcos estrechos de estas notas. En todo caso, el discurso de Jruschov en nada ayuda a esa evolución. El socialismo soviético sigue siendo un ideal puesto en el futuro.

Zapatero a tus zapatos

Por Enrique GONZÁLEZ PEDRERO

Stalin domina durante tres décadas el pensamiento y la acción socialista. Nada vive en su dominio sin su voluntad. La de millones de hombres depende de él: se hace o deja de hacerse historia a partir de sus opiniones. Nunca como entonces se vio tan cerca el juego del factor subjetivo en la sociedad. Nunca como entonces la dialéctica se negó a sí misma en forma tan rotunda. Nunca como entonces un hombre tan aislado, un "Anteo en vilo" como gustaba él mismo de calificar a sus enemigos, hizo de su soledad, solidaridad; de su miedo, coraje; de su debilidad, fuerza.

De un pueblo pobre, desorganizado, hambriento, surgió un socialismo replegado, un socialismo acosado, el socialismo en un solo país. Ciertamente, no el que la teoría había entrevisto como una fase postcapitalista que *aprovecha-niega-y-super* el formidable desenvolvimiento técnico anterior: la socialización de la riqueza. Sino un socialismo férreo, subdesarrollado, que se ve forzado a salvar etapas a base de puentes entre ellas. Un socialismo de "cinturón apretado", a la defensiva, austero y desconfiado: staliniano.

¿Tuvo Stalin la culpa de todo aquello? ¿Se debió a él, acaso, que la futura revolución europea pasara antes por Asia? La manera fácil de escamotear los problemas históricos, de falsificar la historia —tal como Stalin lo hizo—, sería volcando sobre él todos los vituperios imaginables, echarle la culpa de todo. Afortunadamente I. Deutcher nos ha dejado ya su testimonio, quizás el más riguroso que se haya escrito en nuestro tiempo. Pero como quiera que sea, Stalin legó un estilo político que influirá por mucho tiempo, directa e indirectamente, en forma positiva y negativa, a su país y al mundo del socialismo.

Si en el XX y XXII Congresos del PC-US el mundo atónito escuchó revelaciones que clandestinamente conocía y vio el intento que los nuevos dirigentes realizaban para construir un nuevo puente que ayudara una vez más a superar la etapa anterior, a pasar del stalinismo monolítico al colectivismo democrático, ahora y tal vez por influencias exteriores, vuelve a sorprenderse con la semi-rehabilitación que Jruschov ha recomendado: después de todo, el malo no era tan malo.

Tan esquematismo hubo en la caracterización del stalinismo como "culto a la personalidad", un aspecto totalmente *formal* de aquel régimen político, como esquematismo hay ahora en este nuevo proceso de rehabilitación parcial. Tan empírica fue la lucha contra el culto a la personalidad, como ahora lo es la defensa del que después de todo construyó el socialismo. Tan zigzagueante fue la pena por su muerte y su expulsión posterior del mausoleo, como ahora su realce. Y todo ello: los esquemas, el empirismo político y la línea zigzagueante son del más puro estilo staliniano. Los aprendices de brujo invocan un fantasma y luego —como siempre— no sabrán qué hacer con él.

Estas contradicciones esenciales no han recibido todavía la atención de los estu-

diosos que, continuando bajo la inercia del esquematismo, apenas comienzan a balbucear tímidas explicaciones del mundo que vivimos. Pero si la inercia de los esquemas se resiente, hay otra todavía más peligrosa: la inercia del miedo. Después de treinta años de repeticiones, la revolución ha perdido su ingenuidad, su inventiva: se ha estereotipado, tiene temor a equivocarse. Muchos fetiches, el mundo contra el que Marx luchó, la espantan aún. "Un fantasma recorre el mundo". El fantasma del miedo. ¿Acaso no se tiene miedo de hablar sobre las contradicciones del socialismo? ¿No llegó a afirmarse durante largo tiempo que el informe secreto de Jruschov en el XX Congreso era una burda invención del Departamento de Estado? ¿No se tiene miedo ahora de señalar en voz alta las insensateces que se han dicho recientemente sobre el arte? Claro que se tiene. Claro que lo tenemos. Aun quienes no vivimos intensa, generacional, históricamente los treinta, las purgas, los procesos, el pacto germanosoviético, las expulsiones en masa, las "liquidaciones". Pero nuestra obligación en tanto intelectuales es pasar sobre el miedo y temblando y equivocándonos decir lo que creemos y lo que pensamos. Luchar, gritar, romper el círculo vicioso del silencio.

Zapatero a tus zapatos reza el viejo dicho popular. Para qué diablos opinan los políticos sobre lo que no saben. Para qué meterse a señalar a artistas e intelectuales un camino que éstos conocen mejor que aquéllos. Alguien me decía hace unos días: "Tienes razón, pero ¿qué objeto tiene romper lanzas por algo que no ocurre aquí? Curioso razonamiento éste, típico del oportunismo que durante tanto tiempo ha prevalecido. Protesto por principio, porque soy socialista, porque quiero un socialismo en el que los hombres sean los que manden, no las cosas, las abstracciones o los fetiches. Porque quiero la libertad para todos, no para unos cuantos. Porque intento participar en la construcción de una política racional, nacional, popular y verdaderamente democrática. Porque quiero, desde ahora, tomar posición en un debate que, tarde o temprano, se emprenderá. Porque si pretendemos realizar lo anterior, debemos *desde aquí y desde ahora*, librar esa batalla en la que, como Marx quería, el hombre sea el autor y el actor de su propio drama. Porque ante todo y sobre todo el marxismo es un humanismo, pero no en abstracto sino de carne y hueso, que debe cuidar, proteger y alentar el desarrollo de los hombres concretos de ahora. No de un hombre remoto, del futuro, sin pecados.

Ancha es la realidad y ningún método, ninguna cosmovisión por completa que sea, podrá jamás apresarla por completo. Si Marx se preguntaba por la validez del arte griego, era porque reconocía en el arte una legitimidad que había ciertamente que tratar de explicar racionalmente. Esta afirmación es en nuestros días una verdad evidente y, sin embargo, habrá que repetirla siempre porque, por lo visto, los políticos se olvidan de ella con mucha frecuencia.